

obtenidas en las provincias orientales, fueron por el príncipe calificadas de aprestos de guerra que amenazaban á Rusia (1), y cuando Prusia aparentó querer establecer por sí misma el orden en la Pomerania sueca, fué enviado á Berlin, en enero de 1805, el baron Winzingerode para averiguar si esto era efecto de una inteligencia secreta con Francia con el objeto de robustecer á la Prusia y para hacer presente que, en este caso, no había que esperar conmisericordia alguna de parte de Rusia (2). El que de todo esto quisiera deducir que Rusia, al obrar así, lo hacía para inducir á Prusia á que entrara en la alianza en embrion de Rusia con Inglaterra, Austria y Suecia contra la Francia, quedaria altamente sorprendido al leer el tratado que, en 6 de noviembre de 1804, firmó en San Petersburgo la corte rusa con el gobierno austriaco (3). En efecto, en el artículo VIII del mismo tratado se decía que además de los 350,000 hombres que habían de combatir contra los franceses, había de quedar siempre un ejército especial de observación «para asegurarse de que la corte de Berlin continuaba en su actitud pasiva,» y en las instrucciones que consigo llevó, en setiembre de 1804, Nowosiltzoff al partir con una misión especial para Inglaterra, se consignaba que Prusia no quería entrar en la alianza contra Francia y que por lo mismo surgia la cuestion de si sería mejor, en vez de reconocer su neutralidad, obligar por la fuerza á este Estado á que se decidiera por una de las dos partes beligerantes (4). Estas palabras envolvian la resolucion de tratar á la Prusia neutral con tal violencia que por necesidad hubiera de aliarse con Francia, despues de lo cual podría ser combatida por los aliados como enemigo comun.

Que éste y no otro era el pensamiento oculto de Czartoryski nos lo demuestran las explicaciones que, en 1805, dió secretamente á la corte de Viena, como tambien las quejas que, despues de fracasada su proposición, formuló contra el emperador Alejandro por su debilidad para con el rey de Prusia. En un despacho confidencial de julio de 1805, del cual hasta ahora solo hemos conocido algunos importantes fragmentos (5), decía el príncipe Czartoryski al conde Rasmowski, que se encontraba en Viena: «En vista de la doblez de Prusia y de la guerra con Francia, Rusia y Austria deben asegurarse de la benevolencia de los polacos, pues de lo contrario Napoleon se servirá de ellos para el logro de sus fines. Para captarse las simpatías de los polacos el emperador Alejandro debería, como ha podido verse, llevar el título de rey de Polonia y adoptar cautelosamente las medidas necesarias para hacer frente al mal efecto que este título podría producir en las provincias austriacas.» Aquel ministro creía, pues, que solo debía tomar en consideración los intereses de Austria, pero en manera alguna los de Prusia, pues añadía: «Espero que el Austria no verá con malos ojos que la Rusia obtenga ventajas á costa de la Prusia.» Esto prueba que únicamente podía tratarse de buscar una compensación de la Galitzia cuando Czartoryski añadía que «el Austria podría apoderarse de la Silesia y redondear sus dominios en Alemania con la incorporación de la Baviera.» De suerte que, según este plan, la gran guerra de los aliados de 1805 debía tener por objeto principal la desmembración de Prusia, á cuya nación se obligaba á ponerse al lado de Francia y se la castigaba por tal traición con la mutilación de sus provincias. En virtud del mismo plan, Rusia se apoderaría de la Prusia oriental, Polonia de la Prusia

(1) Martens, tomo VI, pág. 354.

(2) Martens, tomo VI, pág. 357.

(3) Martens, tomo II, pág. 411.

(4) Bernhardt: *Historia de Rusia*, tomo II, pág. 502.

(5) Martens, tomo II, pág. 478.

occidental y meridional y Austria de la Silesia. Conoció este plan de guerra contra Prusia, se comprende lo que Federico Gentz calificaba de «extravagante, miserable y repugnante» porque ignoraba lo que hoy sabemos.

Si el dominio sobre Prusia era el primero, por no decir el único objeto á que se tendia, no se comprende la manera de dividir y distribuir las fuerzas rusas á que se apeló. Rusia quería tomar parte en la guerra con 181,000 hombres, de los cuales debían ser enviados 50,000 á los territorios patrimoniales austriacos, 50,000 á Bohemia, 16,000 á la Pomerania sueca y 40,000 á las fronteras orientales de Prusia (6). Prusia se encontraba, pues, cercada por todos lados, y esto era para los rusos lo esencial, pues los austriacos se habían de encargar de derrotar á los franceses. Pero la pérdida de tiempo que costaban las operaciones contra Prusia, ¿no estaba, por ventura, compensada por la ventaja que á la buena causa reportaba el hecho de que Prusia se viera obligada á tomar parte en la guerra con 100,000 hombres? A esta pregunta puede contestarse con una rotunda negativa, primero porque á un rey como Federico Guillermo no se le podía inducir ni por medio de una presión suave ni con brutales violencias á emprender una guerra contra su voluntad; y segundo, porque, aun á ser esto posible, el ejército prusiano, que al comenzar la campaña no había aparecido todavía, no había de reparar la derrota que la no aparición de los esperados rusos debía indudablemente traer consigo. Czartoryski no se había cuidado nunca del valor que podía tener una cooperación forzada de Prusia: en efecto, nunca había creído en la realidad de esta cooperación y todo cuanto en tal sentido había dicho y escrito era pura charlatanería.

Federico Guillermo III cuando vió que los rusos marchaban en actitud amenazadora sobre las fronteras orientales de Prusia observó respecto de ellos la conducta que Czartoryski había esperado y la que mas podía desear para el buen éxito de su plan homicida, es decir, persistió en conservar su neutralidad contra todos, aun contra los mismos rusos, y en defenderla por todos los medios posibles, incluso el de apelar á las armas. Esta neutralidad armada estaba tan distante de lo que deseaban los franceses, que solicitaban amistad y alianza, como de lo que querían los rusos, que amenazaban con las bayonetas y con las culatas. A la memoria entonces publicada por el joven embajador austriaco en Berlin, el conde Metternich-Winneburg (7), debemos el conocimiento exacto de los sucesos ocurridos en aquellos días decisivos de setiembre de 1805; las memorias de Hardenberg, que con minuciosa prolijidad refiere todas las negociaciones fracasadas que para firmar una alianza se entablaron con Duroc y Laforest, casi nada dicen acerca de lo que realmente merece consignarse.

En 28 de agosto, dice Metternich, el ministro baron de Hardenberg, que hacia un año había sucedido al conde Haugwitz en el departamento de Negocios extranjeros, en ocasión en que acababa de celebrar en Halberstadt una entrevista con el duque de Brunswick (8) le dijo: «Tened la seguridad de que nuestros principios fundamentales siguen siendo los mismos, de que el rey no abandonará nunca la estricta neutralidad que su situación le impone, de que sabrá defenderla «contra cualquier atentado,» y de que si cree necesario apelar á la fuerza, lo hará con la mayor energía.» En 29 de agosto participaba que el embajador ruso Alopens había re-

(6) Mikhailowski-Danilevski: *Relation de la campagne de 1805*. Paris, 1846, pág. 18.

(7) En su mayor parte inédita en el Archivo del Estado, de Viena. Algunos fragmentos están reproducidos en el apéndice de mi obra: *Austria y Prusia en la guerra de liberación*, tomo II, Berlin, 1879.

(8) El protocolo en las *Memorias de Hardenberg*, tomo V, páginas 161-172.

cibido dos días antes un correo de San Petersburgo con una carta autógrafa del emperador Alejandro á Federico Guillermo, en la cual le participaba que sus ejércitos se habían puesto en movimiento y habían penetrado en Galitzia. El día 1.º de setiembre llegó á Berlin el general Duroc, cuyas proposiciones conocemos, habiéndole el gobierno prusiano manifestado que el deseo de poseer el Hannover no haria al rey abandonar su neutralidad (1). En 5 de setiembre (2) escribió el rey al emperador Alejandro que estaba firmemente decidido á mantener su neutralidad y la de sus vecinos; que para defenderla estaba armando un contingente de tropas mas que suficientes; que Francia nada había hecho todavía que obligara á Prusia á declarar la guerra; y que esperaba que el emperador Alejandro nada haria que pudiera turbar la tranquilidad del Norte de Alemania. Añádiale que al asegurar esta tranquilidad con preparativos militares, prestaba un verdadero servicio al emperador: confiado en la amistad de éste, veía sin inquietud la reunion de numerosos ejércitos rusos en sus fronteras, y si en lo sucesivo se viera obligado á empuñar las armas contra Francia, pediría el auxilio que el emperador le había ofrecido. Esto no obstante, consideraba como contraria á los intereses de su monarquía toda intervención precipitada en la guerra. El día 7 de setiembre firmó el emperador, antes de partir para Paretz, la orden disponiendo que inmediatamente fuera puesto en pié de guerra un ejército de 80,000 hombres, entre los cuales figuraba la mayor parte de los regimientos de Westfalia. Al tener noticia Hardenberg de que se aumentaban las fuerzas rusas en las fronteras del Sur de Prusia tuvo con Alopens una amistosa entrevista, que terminó afirmando el ministro prusiano que su rey no se dejaría imponer por nadie, y que quien intentara hacerlo podía contar con la seguridad de que el monarca abrazaría la causa del contrario. Tal fué la contestación que dió el ministro á la jactanciosa notificación de los generales rusos anunciando su inmediata marcha á Prusia, en cuya ocasión aquellos generales procedieron con poca cautela. En 10 de setiembre añadió Hardenberg á esta declaración que nunca el rey se pondría al lado de Francia, á no ser que los actos de Rusia le obligaran á ello, lo cual seria muy contrario á sus bien conocidas opiniones: en su consecuencia, suplicaba al embajador ruso que procurara que la corte de San Petersburgo no impulsara al rey á tomar esta resolucion extrema. El paso decisivo se dió á mediados del mes.

En 15 de setiembre Alopens preguntó al ministro Hardenberg con qué objeto se había comunicado la víspera y la antevíspera á las guarniciones de Berlin y de Potsdam la orden de que se encontraran dispuestas, y contra quién iba tal medida dirigida. «Contra nadie y contra todos,» se le contestó. «¿Qué queréis decir con esto?» preguntó Alopens. «Contra nadie, dijo Hardenberg, si se nos deja tranquilos, y contra todos aquellos que nos obliguen á hacer lo que no queremos.» En la tarde del mismo día 15 llegó el correo que se esperaba para el día siguiente, y que habiendo salido de San Petersburgo el 6 llevaba despachos que debían arrojar luz sobre las tinieblas de la incertidumbre que reinaba. «Hoy por la mañana, — escribía Metternich el 16, — Alopens entregará al baron de Hardenberg la carta autógrafa del emperador para el rey y desde hoy hasta el 23 procederemos conforme al texto de sus instrucciones. El conde Merveldt y yo nos apresuraremos á ponernos en el mismo sentido á vuestro lado y tendremos gran satisfacción si nuestros comunes esfuerzos pueden conseguir el fin con el cual tan íntimamente enlazada está una parte del triunfo de la buena causa.» El día 16 de setiembre, en efecto,

(1) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 209.

(2) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 210.

Alopens entregó al ministro Hardenberg la carta del emperador Alejandro, añadiéndole que por aquella vez nada mas tenia que decirle de palabra. Hardenberg partió inmediatamente con la carta hácia Charlottenburgo, donde se encontraba el rey, y el día 19 tuvo en Berlin con el duque de Brunswick, el conde Haugwitz y los generales Mollendorf, Kalkreuth, Geusau, Ruchel, Kockeritz y Kleist una conferencia (3) de la cual resultaron los siguientes acuerdos, tomados por unanimidad: «1.º Que se echaria mano de todas las fuerzas para mantener con las armas la neutralidad, la dignidad é independencia de Prusia contra todos aquellos, inclusa la Rusia, que quisieran atentar á ellas y llevar á cabo, contra la voluntad de Prusia, el paso de las tropas al través de sus territorios; 2.º que se escogitaran, sin pérdida de momento, los medios militares para este objeto necesarios; 3.º que en vista de que el peligro era inminente y de que la resistencia no podría hacerse sino con grandes desventajas, era altamente importante ganar tiempo.» Al final se acordó no quitar al emperador Alejandro la esperanza de una inteligencia ni rechazar la entrevista por él propuesta, pidiendo, por el contrario, que se suspendiera la marcha de las tropas hasta tanto que ésta se hubiese celebrado. Si entretanto se hacían los armamentos y se reunía el cuerpo de ejército necesario, podría sostenerse con tanta mayor confianza la neutralidad y limitar la cooperación á la mediación, y además el ejército dispuesto á pelear contra cualquiera podría obrar con mayor energía y servir en todo caso para adoptar el partido que se creyera mas conveniente á los intereses de su majestad. Se consideraba tambien oportuno enviar al emperador un oficial con una carta contestación á la suya que se redactaria inmediatamente. En el caso de que el emperador no aceptara las proposiciones del rey, podría celebrarse la entrevista. «De esta suerte, su majestad no quedaria en ningun caso comprometido.»

Esto indica cuál era el contenido de la carta del emperador Alejandro no publicada todavía: dicho contenido se desprende aun mas claramente de la contestación dada en 20 de setiembre por el rey (4), cuyo texto creemos deber reproducir por ser de grandísima importancia. Decía así:

«Mi señor hermano: Me es altamente doloroso no poder participar del convencimiento de V. M. cuando me pregunto cuáles han de ser mis deberes; pero hay en la última carta de V. M. un párrafo que me hace olvidar toda otra consideración para no entregarme mas que á una impresión gratísima, cual es la idea de que V. M. proyecta una entrevista que hace tres años constituye mi esperanza predilecta. Cierto que mi deber parece sujetarme á mi puesto durante este período de crisis que puede obligarme, de un momento á otro, á ponerme al frente de mis ejércitos ó á adoptar alguna de aquellas medidas que solo puede tomar personalmente un soberano; pero prescindiré de todos mis cuidados mas apremiantes en cuanto V. M. lo considere conveniente para los asuntos ó en cuanto su amistad lo desee, y me apresuro á enviar á V. M. esta carta, de la que es portador el mayor Hack, para suplicarle que me notifique su ulterior resolucion respecto de este plan. Entonces, hablaré con sumo gusto con V. M., como siempre lo hago, y tendré una satisfacción si nuestros deberes recíprocos pueden conciliarse, abrigando la seguridad de que entre ellos hay uno acerca del cual nos entenderemos fácilmente y de que cada uno de nosotros respetará el derecho de los amigos y el suyo propio. Hasta el momento en que hayamos discutido ampliamente los intereses de nuestros Estados no creo necesario decir á un soberano como V. M., que únicamente se ha armado para salvar la

(3) El protocolo se encuentra en las *Memorias de Hardenberg*, t. V, págs. 176-178.

(4) *Mem. de Hardenberg*, tomo II, págs. 222-224.



independencia de Europa, que en las actuales circunstancias es imposible que las tropas de V. M. penetren en mis provincias. Este paso prejuzgaria la cuestion, embrollaria nuestras relaciones y causaria indudablemente la ruina de Europa. No, señor, libreme el cielo de abrigar el temor que, lo confieso, ha logrado abrirse paso á mi alrededor entre el patriotismo cegado por el miedo. Fúndome para ello en algo mas que en el carácter de V. M.; porque ningun soberano que se haya impuesto la hermosa tarea de defender el derecho de las naciones, especialmente el de las neutrales, querrá violar, si causas poderosas no le obligan á ello, el de un Estado amigo, vecino y aliado, que ha sido el baluarte de la seguridad del Norte y que nunca ha usado mas lenguaje que el de la concordia y de la paz. En circunstancias análogas á las presentes he dado la misma seguridad al ilustre padre de V. M., el cual supo corresponder lealmente á mi confianza. Este soberano vió que al ponerse en la imperiosa alternativa de abandonar ó de defender mis derechos se planteaba la cuestion de la completa ruina de Europa, y á su lado y teniendo cerca sus ejércitos pude dedicar á la defensa de mi débil vecino las fuerzas que, segun se decia entonces, procurando inspirarme temor respecto de sus intenciones, podria verme obligado á emplear mas ó menos tarde en mi defensa propia. Y V. M., el príncipe con quien me unen solemnes tratados por mí cumplidos y una amistad que me complace infinito, vuestra majestad que me pide cuenta de supuestas medidas de defensa de que se me acusa, mientras yo no le pido cuenta de las suyas, ¿habria de ser quien violara mis altísimos deberes de príncipe? No, señor; sean cuales fueren los frutos que puedan producir nuestras entrevistas, seguiré, sin abrigar temor alguno por la prosperidad de mis pueblos, el camino que me trazan el deber y la razon y ¡ojalá que la mayor gloria acompañe á V. M. en la senda que con preferencia sigue! Sea cual fuere la suerte á que nuestros caminos nos conduzcan, nadie podrá conseguir que tema el poder de vuestra majestad, y mucho menos que ponga su lealtad en duda. Perdone V. M. que por un momento le haya molestado, pero no me es posible abrigar respecto de V. M. segundas intenciones. Permitidme, etc »

Si comparamos esta carta, magistralmente redactada, con los acuerdos tomados en la conferencia del 19 de setiembre, veremos claramente lo que decia la del emperador Alejandro y lo que éste no pudo conseguir. En ella no se pedia permiso para el paso de las tropas rusas, sino que simplemente se anunciaba; la union de los prusianos á la empresa no se manifestaba como deseo del emperador, sino como deber del rey, y la entrevista personal se consideraba únicamente como un medio de hacer aparecer la adhesion del rey, conseguida ya por medio de la amenaza y del terror, como un convenio desventajoso. Pero la contestacion echó por tierra todos estos planes. El rey se opuso al paso de las tropas, se negó á la union y declaró que ni temia el poder de los rusos ni consideraba al emperador, su amigo, vecino y aliado, capaz de proceder con deslealtad, y aceptó la idea de una entrevista amistosa para reanimar las impresiones de Memel, sin comprometerse de antemano políticamente con una sola palabra.

Antes de que esta carta llegara á manos del emperador, la de 5 de setiembre, que se habia cruzado con la primera de éste, habia hecho ya su efecto sin que en Berlin se sospechara nada de ello. En 23 de setiembre entregó Alopens la nota que anunciaba la adopcion de las medidas coercitivas con que se habia ya amenazado; pero tal notificacion no produjo, esta vez, el terror que se habia creído: el rey y su consejo no se inmutaron; y el día 24 escribió Metternich: «Ahora veo claramente que el rey no puede permitir el paso de las tropas por sus Estados sin exponer su dignidad perso-

nal » El día 28 era el señalado, segun dice Hardenberg (1), para que los rusos se pusieran en marcha, lo cual habian ya de hacer como enemigos: dos ejércitos debian penetrar en Prusia, uno de 50,000 hombres, procedente de Brzesc, por Varsovia y Breslau, y otro de 47,000, desde Grodno, por la Prusia. Un tercer ejército de 25,000 hombres debia acampar en la Pomerania sueca, y unido con aquellos dos, y con 7 ó 8,000 suecos, penetrar directamente en Hannover. En la madrugada del 27, Hardenberg, procedente de su posesion de Tempelberg, llegó á la capital; mandó llamar al embajador ruso Alopens, antes de presentarse al rey, y le manifestó que las noticias que á cada hora llegaban de Polonia no dejaban duda alguna acerca de la marcha inmediata de los rusos, por lo cual le suplicaba que procurara evitar este paso, pues con él la buena causa se veía amenazada por la mas terrible de las catástrofes. Alopens contestó que no era de su incumbencia dar órdenes á los ejércitos y que ya habia dado oportunamente cuenta á la corte prusiana de las resoluciones de su imperial majestad, de modo que se hubieran podido de sobra dar las convenientes órdenes para el libre paso de las tropas.

Esta conversacion no duró mas que dos minutos. Cuando el ministro ruso regresó á su casa se encontró á uno de sus agregados, el conde Ozarowski, que acababa de llegar de San Petersburgo con despachos del 18 de setiembre, en los cuales se encargaba á Alopens que declarara al ministerio «que en la esperanza de que el rey aceptaria la entrevista propuesta en la última carta en que se habia procurado demostrar que no habia propósito alguno de imposicion, su imperial majestad habia aplazado la marcha de sus tropas hasta aquel momento, convencido, sin embargo, de que el rey no vacilaria en hacer con él causa comun » Este encargo se habia de considerar como no hecho en el caso de que el rey consintiera en la marcha de las tropas.

A pesar de la reserva que encerraba la indicacion respecto de la entrevista, el aplazamiento de la marcha de las tropas era por sí solo una renuncia de los actos de violencia que en un principio se habian proyectado y que, segun habia podido ver el emperador por la carta del rey de 5 de setiembre, hubieran sido causa de una guerra antinatural con Prusia.

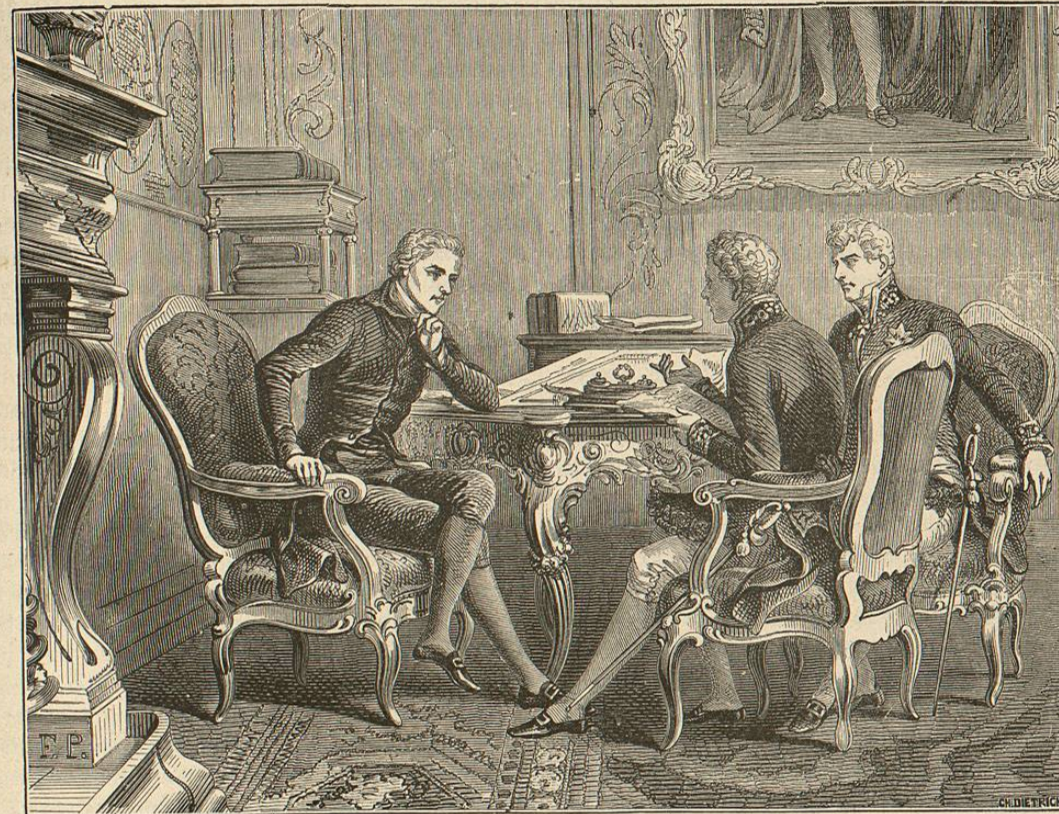
A consecuencia de un inesperado incidente, que luego referiremos, en octubre no solo no habia aumentado la tirantez de relaciones entre ambos monarcas sino que habian éstos llegado á una inteligencia personal y política que dió por resultado un tratado formal y quizás una alianza completa, todo lo cual hubiera sido imposible sin la contraórden que en 18 de setiembre recibieron los ejércitos en el preciso momento en que su marcha hubiera sido causa de sangrientas luchas con los prusianos, hasta entonces aliados. De suerte que para los rusos, que deseaban proceder en union de Prusia, la contraórden fué un acontecimiento salvador: los que no lo consideraron como tal, no querian la accion comun con dicha potencia sino una guerra contra ella: esto puede decirse terminantemente de Czartoryski, quien, en el documento de 1806, del cual tenemos ya conocimiento, dice hablando de la contraórden que suspendió la marcha de los rusos:

«Sin esperar á oír observacion alguna, resolvió de repente su imperial majestad dar una contraórden, en vista de algunos párrafos del despacho de Alopens que, en el fondo, nada probaban en absoluto, pues en definitiva no podia pedirse que Prusia se sometiera á nuestra voluntad sin quejarse ó sin intentar, por lo menos, herirnos con algunas censuras ó atemorizarnos con la apariencia de una actitud enérgica. La

(1) *Memorias*, tomo II, pág. 220.

conducta de esta potencia respecto de Bonaparte demuestra suficientemente lo que de ella puede esperarse si se obra enérgicamente y sin vacilaciones. Mas de una vez hubiéramos tenido que derrotar á Prusia y entonces ésta se hubiera visto obligada á capitular. Era preciso apresurarse á derrotar á Prusia, de la misma manera que Bonaparte hizo con el Austria (1), y esto nos hubiera evitado muchos cuidados. Esta contraórden y la marcha de S. M. para reunirse con el ejército las considero como causa de todas las desgracias que despues han ocurrido.

De igual modo hice ver entonces á S. M. todos los inconvenientes que su presencia en el ejército traeria consigo, y desgraciadamente se ha confirmado lo que ya se habia predicho.



Conferencia en Londres entre Pitt y los enviados rusos Nowosiltzoff y Stroganoff.

derrotas y pregunté qué medios se tenian en reserva y lo que le quedaria que hacer en el caso de que se encontraran amenazados el honor y la seguridad de Rusia.

Estas manifestaciones fueron tan poco atendidas como todas las demás: V. M., señor, emprendió el viaje, haciéndose preceder por la contraórden enviada al ejército. Esta desconsoló á los generales y á las tropas, que ardian en deseos de pelear con los prusianos, y consternó á los polacos, que solo esperaban una señal para correr al lado de V. M. El abatimiento y la consternacion se apoderaron de todos cuando á la llegada de V. M. al campamento no cambió en nada la situacion de las cosas. Cada día que transcurrió sin que las tropas penetraran en Prusia fué un día perdido para Rusia y para Europa y ganado para Bonaparte, que avanzó mientras nosotros estábamos quietos. Las ventajas que Bonaparte consiguió de esta manera, demasiado hemos debido sentirlas.»

Esto arroja luz sobre las tinieblas en que antes estaban envueltos los sucesos que precedieron á la guerra de 1805.

(1) *Il fallait se dépêcher de réduire la Prusse comme Bonaparte s'est dépêché avec l'Autriche*, obra citada, pág. 32.

»En cuanto V. M. se reuna con los ejércitos, me permito decir que cesará la responsabilidad de los generales y recaerá toda sobre V. M. Los generales ya no mirarán con tanta atencion los asuntos, ni se encargarán de nada ni seguirán buscando todos los medios para hacer triunfar la buena causa. Ya no habrá ningun mando supremo, pues V. M. no confesará haberse hecho cargo de él y los generales no lo ejercerán ya en realidad. Las intrigas de la corte y de los partidos sentarán sus reales en el campamento. Y aadé que un soberano que no ha dado muestras de poder mandar, no debe colocarse nunca en una situacion que le obligue, en circunstancias dificilísimas, á tomar inmediatas y decisivas resoluciones. Hice ver cuán funesto seria que V. M. sufriera

Un plan mortífero contra Prusia se ocultaba bajo la hipócrita máscara (2) de una política que, en nombre de todos los derechos conculcados por Napoleon, se atribuía el derecho de obligar á Prusia á adherirse á la causa justa, aunque en realidad lo que se queria no era esta adhesion sino que Prusia se pusiera al lado de Francia, lo cual hubiera permitido á Rusia derrotar sus ejércitos y repartir sus provincias. Tal era la política del ministro que hasta el día 18 de setiembre tuvo en sus manos la direccion de los negocios y que, disgustado por la contraórden del emperador, quedó apartado de ellos cuando éste se presentó entre el ejército.

## CAPÍTULO II

ULM, ANSBACH, POTSDAM

Desde el 29 de noviembre de 1803 representaba al Austria en Berlin un diplomático muy jóven, á quien estaba reservado un brillante porvenir. Llamábase el conde Clemente de Metternich-Winneburg; era hijo del conde y luego prin-

(2) Véanse, por ejemplo, las palabras de Czartoryski en el despacho de 8 de diciembre: *Croit elle (la cour de Berlin) devoir rester toujours*